

cion, se dejan de hacer las que Dios manda; si con un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso se quebranta habitualmente la observancia regular; si exhortando con tanta elocuencia á los demás á que sean fervorosos, puntuales y mortificados, eres tú tibio, menos rendido, poco exacto y nada humilde; ¿no te reprenderá nada tu conciencia? Pues trata desde luego de atajar estos remordimientos. Es tan importante este consejo, que no dudo lo pondrás en práctica. Consulta con un prudente y zeloso director lo que debes reformar en este punto.

## DIA VEINTE Y UNO.

SAN ANSELMO,

ARZOBISPO DE CANTUARIA Ó CANTORBERY.

Fué san Anselmo uno de los mas ilustres y mas santos prelados de su siglo, y nació en Aosto, ciudad del Piamonte, el año de 1033. Era hijo del conde Gondulfo y de Ermerberga, uno y otro de las mas nobles familias de la Lombardia y del Piamonte; y como reinaban en su casa el esplendor y la abundancia, fué criado Anselmo con delicadeza y cuidado. Ermerberga, su madre, señora mas distinguida aun por su piedad que por su nobleza, conociendo las inclinaciones y máximas mundanas de Gondulfo, se encargó sola de la educacion de su hijo. A pocos dias pudo darse el parabien de su determinacion. No hubo niño mas dócil; y si la agudeza y la vivacidad de su ingenio le hicieron admirar casi desde la cuna, su candor y su bello natural le conquistaron los corazones de todos. Los progresos que hizo en el estudio de las letras humanas correspondieron á los que cada

dia iba haciendo en la virtud. Desde luego se le descubrió una devocion tan tierna á la santísima Virgen, que nadie dudó que seria con el tiempo uno de los siervos mas amados y mas favorecidos de esta Señora.

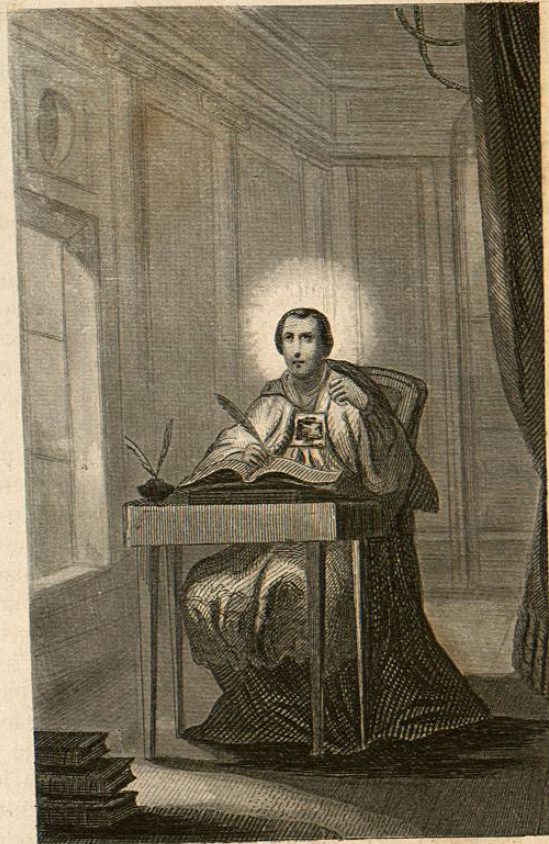
Como las lecciones y los ejemplos de la virtuosa madre solo inspiraban al niño Anselmo el amor á la virtud y el deseo de su salvacion, se disgustó presto de las grandezas y de los oropes del mundo. Siendo de edad de quince años se determinó á abrazar el estado religioso; mas por no desazonar á su familia, no le quisieron recibir. Entristeciése tanto con esta repulsa, que le costó una enfermedad; pero no le duró mucho el fervor.

Entibióse en él luego que recobró la salud, y no contribuyó poco para apagarle del todo la muerte de la condesa su madre. El poco caso que el conde hacia de él, su vida no muy cristiana, y su poca inclinacion á la virtud, dejaron al jóven Anselmo tanta libertad, que presto pasó á ser disolucion; aunque esta no duró mucho tiempo. Dios se sirvió de la aversion que concibió su padre contra él para volverlo al buen camino. No hubo sumision ni rendimiento que Anselmo no practicase para desenojar á su padre irritado, de quien habia sido el idolo hasta entonces; pero de nada sirvió sino de enconar mas aquel corazon irreconciliablemente enfurecido. No quiso Gondulfo ver mas á su hijo; y Anselmo tomó la resolucion de ausentarse, pareciéndole que esto podria contribuir á templar el enojo de su padre: retiróse á Francia donde pasó tres años sin saber á qué determinarse.

Esta misma indecision despertó en él su antiguo amor á los libros; y llegando á su noticia la fama de Lanfranco, que tambien habia pasado á Francia desde Lombardia, resolvió pasar á la abadía de Bec en Normandia, donde se hallaba prior aquel insigne hombre. En la escuela de tan hábil como santo maes-

tro aprendió la filosofía y la teología, en cuyas facultades hizo tan ventajosos progresos, que ellos mismos encendieron mas su ardiente pasión por el estudio. Considerando un día la penosa vida que llevaba solo por hacerse sabio, se avergonzó de lo poco que trabajaba para hacerse santo; y esta reflexión volvió á encender en él los antiguos deseos de abrazar el estado religioso. Abrazólo finalmente, siendo de edad de 27 años, en la misma abadía de Bec, recibiendo el hábito de manos de Herluino, que era su abad, y había sido su fundador. Fueron tan extraordinarios y tan rápidos los progresos que hizo en la perfección religiosa, que habiendo sido electo abad de San Estevan de Caen el célebre Lanfranco, fué Anselmo sucesor suyo en el priorato de Bec tres años despues de su noviciado.

Los monjes mas antiguos de aquella abadía, no obstante su virtud, no pudieron disimular el resentimiento que esta preferencia les causaba; pero á poco tiempo supo Anselmo calmar los ánimos, ganándose los corazones con su dulzura, con su humildad y con su invencible paciencia. Parecía que solo le habían hecho superior para ser mas officioso, y para prevenir hasta las mas menudas necesidades de los monjes. Su caridad no tenía límites; pero menos parece que los tenía su mortificación. Ayunaba todos los dias, y maceraba su cuerpo sin piedad. El estudio y la oración le ocupaban casi todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones del officio. No contento con orar, enseñaba á otros á tener oración. Todo cuanto se veía en él era instrucción y enseñanza: el porte, la modestia, las conversaciones, hasta el mismo silencio, todo inspiraba amor á la virtud. Con estas mudas lecciones del jóven prior refloreció presto la disciplina regular en el monasterio; solos sus ejemplos despertaron el primitivo fervor.



S. ANSELMO, ARZ.

Pero lo que sobre todo hizo célebre en toda Europa la abadia de Bec, fué la aplicacion y la gracia que tenia Anselmo para educar la juventud. Sus modales gratos, dulces, cortesanos, con una prudente indulgencia, acompañada de una ficiosa y suave severidad, yendo en todo delante con el ejemplo, eran los eficacisimos medios de que se valia para allanar todas las dificultades. Escribiéndole un abad demasadamente rigido que se quejaba de la poca docilidad de sus súbditos, el santo le respondió : « ¿Cómo quieres que reine en tu casa la paz y la observancia, si no aciertas á alimentar á tus hijos mas que con hiel y amargura? » A otro monje jóven le decia en cierta ocasion : « ¿Quieres ser feliz en la vida religiosa? pues olvidate del mundo, y alégrate mucho de que el mundo se olvide de tí. El mayor tirano del monje, añadia, es la propia voluntad; porque solo sirve para turbar su quietud, y para hacerle padecer cada dia nuevos tormentos. El claustro es el verdadero paraíso terrenal para aquel que puede decir : No vivo yo, sino Cristo en mí. »

No hubo en su tiempo hombre mas estimado, ni que mas mereciese serlo. Concurrian de todas partes sugetos de la primera calidad á ponerse debajo de su gobierno; y su virtud no solo eminente, sino apacible, y aun culta, convirtió la abadia de Bec en un seminario de santos.

Ya no permitia á Herluino su avanzada edad atender á los negocios del monasterio; y así encargó todo el peso del gobierno á la prudencia de su santo prior. Pero esta multitud de ocupaciones no le sirvieron de estorbo para enriquecer al público con excelentes obras, cuales fueron los libros *de la verdad de la existencia de Dios, de su esencia y atributos; de la caída de los ángeles; y del libre alvedrio*. Sus cartas y sus tratados sobre la oracion están llenos de una

doctrina tan espiritual, y de una mocion tan exquisita, que muestran bien no haber sido nuestro santo menos eminente en los sublimes secretos de la teología mística, que en los puntos mas profundos de la teología escolástica.

Muerto el venerable abad Herluino, tuvieron poco que deliberar los monjes en la eleccion del sucesor. Fué inútil la suma tenacidad con que se resistió Anselmo; vióse precisado á rendirse á una eleccion que fué aplaudida de todos. Però la nueva dignidad solo sirvió para que brillase desde mas alto su virtud, creciendo su fervor al paso de los años. Tan humilde, tan mortificado y tan exacto era cuando abad, como lo habia sido cuando novicio. No se observó la menor alteracion en su dulzura, en su modestia y en su apacibilidad, de manera que solo se conocia que era superior porque era el primero en todos los ejercicios mas humildes y mas penosos de la observancia regular.

Obligado á pasar á Inglaterra por algunos negocios de la abadía, creció con su presencia el elevado concepto que ya se tenia en aquel reino de su mérito y de su virtud. Todos los grandes, y hasta el mismo rey Guillelmo I, llamado el Conquistador, le veneraban como santo, y le oian como oráculo. No le veneró menos que su padre el rey Guillelmo II; pero se aprovechó poco de sus consejos. Habia cinco años que estaba vacante la silla de Cantorbery, por muerte del célebre Lanfranco; y dejando el rey aquello que juzgaba ser bastante para mantenerse los monjes y los clérigos, habia incorporado en su dominio todas las demás rentas de dicha iglesia. Hizose sordo aquel monarca así á las amenazas del pontífice, como á las justas quejas y representaciones de los buenos, sin dar oidos mas que á su pasion, hasta que la pesada mano del Señor se agravó sobre él, enviándole una

peligrosa enfermedad. Estremecióle el miedo del juicio de Dios, y le pareció que el mejor medio de reparar los males que habia hecho á la Iglesia, era nombrar á Anselmo por arzobispo de Cantorbery. No pudo ser mas aplaudida la eleccion del rey; pero tampoco pudo ser mayor la resistencia de Anselmo. Lleváronle como arrastrando hasta el cuarto del rey, proclamándole arzobispo; pero ni las lágrimas de todo el clero, ni los ruegos de los prelados, ni las órdenes del rey pudieron vencer su resistencia. Fué preciso acudir á motivos de conciencia y de religion. Cedió á la obediencia; pero las copiosas lágrimas que derramó en la ceremonia de su consagracion, que se celebró el dia 4 de diciembre del año de 1093, acreditaron bien lo mucho que le costaba aquel violento sacrificio.

Apenas recobró el rey la salud, cuando se arrepintió de su eleccion. Hizole el nuevo arzobispo representaciones llenas de respeto, pero que no fueron de su agrado. La religiosa constancia del prelado en reconocer á Urbano II por legitimo pontífice, su valor en defender los bienes de los pobres y los derechos de la Iglesia, y su blando, pero generoso teson en corregir los abusos y en reformar las costumbres, enconaron contra él el corazon de aquel principe. Pasó nuestro santo á verse con él, y no perdonó á medio alguno para conciliarse su benivolencia; pero desde luego conoció los muchos trabajos que le amenazaban. No por eso se acobardó, antes se animó mas en su ardiente y generoso zelo. Restituido á su iglesia, se aplicó enteramente á la reforma de las costumbres y al alivio de los pobres. Produjeron todo su efecto así las crecidas limosnas que hizo, como los grandes ejemplos que dió, acreditando que nada puede resistir al zelo y á la virtud de un obispo santo.

Noticioso Anselmo de lo irritado que estaba contra

él el ánimo del rey, juzgó que su ausencia podría conducir para templarle. Pasó á la corte, y pidió licencia á aquel monarca para ir á recibir el palio de mano del papa Urbano II. Lo mismo fué oír esto el rey, que encenderse en cólera, declarando desde luego que durante el cisma no quería se reconociese en Inglaterra á otro papa que al que él mismo reconociese. Conformóse cobardemente con el rey la junta del clero convocada en Rochingham, en la cual presidia nuestro Anselmo. Pero este tomó á su cargo descubiertamente y con el mayor empeño la defensa del papa Urbano. Representó que había aceptado el arzobispado con la precisa condicion de reconocerle; mas no fué oído, porque la adulacion, la política y el interés abrazaron el partido del antipapa; el rey y los prelados se declararon por el cisma, y despues de llenar de injurias á Anselmo, protestaron no reconocerle ya por primado.

No es fácil explicar lo mucho que padeció el santo arzobispo. El cortesano que le insultaba mas, ese hacia mejor la corte al rey, alegando por mérito el insulto. Quitáronle los criados que eran de su mayor confianza; desterraren á sus mejores amigos; estudiaron todos los modos y arbitrios de desazonarle; pero la ansia que tenia de ser humillado y de padecer, le preservó aun de la menor impaciencia. Embargáronle sus rentas, persiguiéronle, despreciáronle, maltratáronle; pero tan invencible fué su heróico sufrimiento como su fe acrisolada. En fin, reconciliado el rey con el papa Urbano, despues de haberse separado del cisma, no dejó piedra por mover para interesar al pontifice en su favor y hacer que depusiese á Anselmo; pero solo consiguió que el papa le estimase mas, enviándole el palio, y declarándose protector y defensor suyo en todas ocasiones.

No podía durar mucho tiempo la paz entre la ava-

ricia del rey, que queria absolutamente absorberse todas las rentas de la iglesia de Cantorbery, y la delicada conciencia del santo que no podia permitirlo. Juzgó este que debia prevenir la tempestad, y se retiró á Francia con ánimo de pasar á Roma. Las fatigas del viaje unidas á sus excesivas penitencias le detuvieron en Leon, desde donde escribió al papa representándole la repugnancia con que había aceptado el arzobispado, y suplicándole se sirviese exonerarle de él, sin obligarle á pasar los Alpes; mas su Santidad, lejos de dar oídos á sus instancias, le ordenó que se llegase á Roma, donde le recibió con la mayor ternura, y con toda la distincion que se merecia uno de los mas sabios y mas santos prelados de la Iglesia. Mandó que le pusiesen cuarto en su mismo palacio de Letran, y con la presencia de Anselmo creció el grande concepto que ya tenia de su virtud. Instruido el papa de lo mucho que había padecido por defender los derechos de su Iglesia, admiró su paciencia, y mucho mas la moderacion con que se quejaba del rey; pero haciéndosele mas insufribles las honras con que le distinguian en Roma que los malos tratamientos que había recibido en Inglaterra, suplicó á su Santidad le diese licencia para retirarse á Telesio, ciudad del reino de Nápoles, á la abadia de San Salvador, cuyo abad había sido discipulo suyo en la de Bec.

En el retiro de la soledad se le renovó el disgusto con que miraba el obispado, y así hizo nuevas instancias al papa para que le permitiese renunciarlo; pero fueron tan sin fruto como las antecedentes. Estando en aquel santo retiro, tuvo orden de pasar á Bari para asistir al concilio que se celebraba en aquella ciudad. Dejóse ver y oír con general estimacion, y habló con tanta energia y con tanta elocuencia contra el error de los Griegos, probando con tanta solidez el dogma

de la Iglesia sobre el modo con que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que así el papa como el concilio exclamaron que el mismo Espíritu Santo había hablado por boca de Anselmo. Como fué tan elevado el concepto que formaron todos de aquel hombre verdaderamente grande, quisieron los padres instruirse á fondo de los motivos que había para perseguirlo; conocieron toda la iniquidad y toda la malicia; y ya estaba el papa resuelto á fulminar excomunion contra el rey de Inglaterra, cuando fueron tantos los ruegos y aun las lágrimas de nuestro santo, que estorbó con ellas que se pasase á este extremo.

Concluido el concilio, volvió á Roma en compañía del papa, y asistió á otro concilio que se celebró en aquella ciudad, donde le oyeron con la misma veneracion que en el de Bari. Las extraordinarias honras que le tributaban en Italia, le obligaron á buscar en Francia un asilo á su humildad. Consiguió finalmente licencia para volver á pasar los Alpes; y Hugo, arzobispo de Leon, le recibió con especial alegría. Pero no pudo detenerse mucho en aquel reino por la funesta muerte del rey Guillelmo, que sucedió el año de 1100; su sucesor Henrique II le llamó á Inglaterra, pero no le dejó vivir mas en paz que su predecesor. Suspendió, por decirlo así, la nueva persecucion el papa Pascasio II, sucesor de Urbano; y Anselmo se aprovechó de esta especie de treguas para dedicarse á la reformation de las costumbres. Celebró en Londres un concilio nacional en que restableció la disciplina eclesiástica, restituyéndola á su primitivo vigor, instruyó al pueblo con sus palabras y escritos, pero mucho mas con sus ejemplos.

Habiéndose renovado entre el arzobispo y el rey la antigua diferencia sobre las investiduras, se vió precisado á emprender segundo viaje á Roma, donde el papa Pascasio excedió á su predecesor en las honras

que hizo á nuestro santo. Informado el rey de la general aprobacion que había merecido la conducta de Anselmo en aquella corte, le prohibió que volviese á Inglaterra; y obedeciendo el arzobispo, escogió por lugar de su destierro Leon de Francia, donde pasó diez y seis meses dedicado enteramente á los mas fervorosos ejercicios de piedad.

Pero Adela, hermana del rey, que profesaba singular veneracion á nuestro santo, no pudo permitir que estuviese mas tiempo en su destierro. Toda la Inglaterra clamaba por su primado, y la iglesia de Cantorbery por su arzobispo y por su apóstol. Hízole la condesa pasar á Normandía, donde le restituyó á la gracia del rey, el cual, depuestas sus preocupaciones, reconoció la virtud del arzobispo, que acreditaba Dios cada dia con grandes milagros. Recibióle con respeto, abrazóle con ternura, y le volvió á colocar en la pacífica posesion de todos sus derechos.

No gozó Anselmo largo tiempo de esta tranquilidad; una larga enfermedad le detuvo en la abadía de Bec, y no pudo restituirse á su iglesia hasta el año de 1107. Fué recibido en ella con la pompa que inspira á todos los pueblos el respeto y la ternura que profesan á la santidad; y no estuvo ocioso en aquella calma, porque se aplicó el vigilante pastor á apacentar sus ovejas con mayores desvelos y con mayor zelo.

Causa verdaderamente admiracion cómo este gran santo, en medio de una salud tan débil y tan quebrantada con sus excesivas penitencias, con tantas y tan molestas persecuciones, con tantos trabajos y fatigas, pudo encontrar tiempo para enriquecer la Iglesia de Dios con tan prodigioso número de obras excelentes, en las cuales no se sabe qué debe admirarse mas, si su profunda erudicion y sabiduría, ó su tierna y fervorosa piedad. Son pocos los doctores de

la Iglesia que nayan tratado los dogmas mas elevados y las cuestiones mas espinosas y sutiles con tanta precision y solidez como este hombre verdaderamente grande. A él le debe la teología escolástica su método, y la mística ó ascética sus progresos.

Aunque en todos sus escritos se deja reconocer la ternura de su devocion, en ninguno brilla mas, ni se derrama con mayor abundancia, que en sus meditaciones sobre la pasion de Cristo, y siempre que trata de las excelencias de la Virgen. La devocion á la Madre de Dios nació con él, y creció al paso de sus años. Fué uno de los primeros doctores de la Iglesia que hablaron con mayor énfasis y con mayor energia de su immaculada Concepcion. No podia reprimir las lágrimas en el altar, ni cuando oia hablar de los privilegios y del poder de la santísima Virgen.

Habia tres años que Anselmo gobernaba en paz su iglesia de Cantorbery, acabando de consumir las pocas fuerzas que le restaban en las penosas tareas de su pastoral ministerio, cuando reconoció que se acercaba su fin. Redobló visiblemente los ardientes esfuerzos de su fervor; y como su gran debilidad no le permitiese celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, se hacia llevar á la iglesia para asistir á él. Finalmente, el miércoles santo del año de 1109, que cayó en 21 de abril, estando tendido sobre la ceniza, cubierto con un áspero cilicio, mientras le leian la pasion del Señor, rindió en sus manos dulcissimamente aquel bienaventurado espíritu, á los diez y seis años de arzobispo, y á los setenta y seis de su vida.

Los muchos milagros que hizo san Anselmo en vida, y los que obró Dios en su sepulcro despues de muerto, le hicieron célebre y glorioso. Consérvanse sus reliquias en diversas iglesias, como en Colonia, Praga, Bolonia, Amberes; donde están expuestas á

la pública veneracion. La Iglesia le venera como á uno de sus ilustres doctores, y en sus escritos dejó eternos monumentos de su ingenio, de su piedad y de su sabiduría.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cantorbery en Inglaterra, san Anselmo obispo, ilustre por su santidad y doctrina.

En Persia, el tránsito de san Simeon, obispo de Seleucia y de Tesifonte, el cual, habiendo sido preso por orden de Sapor rey de Persia, fué llevado cargado de cadenas delante de los inicuos tribunales, y como no quisiese adorar al sol, antes bien diese testimonio á Jesucristo con gran libertad y entereza, fué encerrado en una estrecha prision, en donde habitó largo tiempo con otros cien cristianos, entre los cuales se contaban obispos, presbiteros y clérigos de diferentes órdenes. Ustazanes, padre nutricio del rey, que habia apostatado de la fe, y despues hizo penitencia de su pecado, exhortado por san Simeon, sufrió con grande esfuerzo el martirio; al dia siguiente, que era Viernes Santo, todos los compañeros de este santo obispo fueron degollados en su presencia, exhortando él á cada uno en particular: por último le cortaron la cabeza. Con él fueron martirizados Abdécalas y Ananias, presbiteros suyos, y varones esclarecidos. Pusicio, superintendente de los artifices del rey, por haber animado á Ananias que parecia vacilar, talaándole la garganta y arrancándole la lengua por la herida, espiró en este cruel suplicio: despues martirizaron á su hija, que era una virgen consagrada á Dios.

En Alejandria, los santos mártires Arátor presbitero, Fortunato, Félix, Silvino y Vidal, que murieron en la cárcel.

El mismo día, los santos Apolon, Isacio y Crotates, martirizados en tiempo de Diocleciano.

En Antioquia, san Anastasio el Sinaita, obispo.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Anselmum ministrum tribuisti; presta, quæsumus, tui quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cælis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que hiciste al bienaventurado Anselmo ministro de la eterna salvacion de tu pueblo; suplicámoste nos concedas que merezcamos tener por intercesor en el cielo, al que tuvimos por maestro y por doctor en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el día IV, pág. 116.*

NOTA.

« Hallándose el apóstol san Pablo, el año de 65 ó » 66 del Señor, en visperas de acabar su carrera y » terminar sus trabajos por el martirio, escribió esta » carta á su amado discípulo Timoteo, instándole á » que sin perder tiempo fuese á verse con él. Profe- » tiza en ella las diversas herejías que debian turbar » la Iglesia, y le exhorta á que predique el Evangelio » á pesar de la oposicion que habia de hacer el de- » monio. »

REFLEXIONES.

*Veniet enim tempus, cum sanam doctrinam non sus- linebunt.* Vendrá tiempo en que no podrán sufrir la doctrina sana. Pregunto: ¿y no ha llegado ya este desgraciado tiempo? ¿qué caso se hace hoy de la doctrina de Jesucristo? ¿qué respeto se profesa á sus mandamientos? ¿qué rendimiento á su voluntad? ¿qué sumision á las decisiones de la Iglesia?

El espíritu del mundo se erige el día de hoy en tribunal supremo, al cual pretende que deben estar sujetas las mas sagradas máximas del Evangelio, las mas respetables verdades de la religion, y hasta la doctrina del mismo Jesucristo. Todo se examina, todo se proscrib; todo se condena segun el capricho, segun las débiles ideas del entendimiento humano. Preténdese que un entendimiento tan limitado que no puede penetrar las verdaderas causas de los efectos naturales mas comunes, que ignora lo mismo que palpa y ve, que no descubre la formacion maravillosa de una hormiga, ni las propiedades de la hojita de un árbol; preténdese, digo, que este limitadísimo entendimiento, medio sepultado dentro de la carne, y esclavo siempre de las pasiones en el mundo, ha de ser juez supremo en materia de dogma y de doctrina. Todo lo que no es conforme á la extravagancia de su juicio y de sus inclinaciones, se reprueba; todo lo que es contrario al error de los sentidos, se proscrib. La pasion es siempre como el substituto ó lugarteniente del entendimiento en sus juicios sobre la moral: por aquí podremos conocer la rectitud y la justicia de sus decisiones. La fe sigue ordinariamente la suerte de la moral. Luego que la pasion se apodera del tribunal de la religion, y quiere presidir en él, rompe los diques el error, y todo lo inunda; entonces todo es descamino, todo ilusion, todo orgullo, todo obstinacion. Presto ciega del todo el que ni ve, ni quiere ver, sino con la luz medio apagada de su propio entendimiento. Este es el destino de los que no pueden tolerar la sana doctrina; ni los sentidos ni el amor propio se acomodan con ella: vencerse, violentarse, mortificarse, es una doctrina incómoda, pero al fin esta es la doctrina sana, porque es la del Evangelio. Mas el amor propio busca otros maestros que le enseñen al gusto de sus deseos.



Mil veces se ha dicho, y siempre será verdad el decirlo, que el entendimiento es ordinariamente el juguete de la voluntad. ¿De dónde nace sino ese espíritu de error y de partido? ¿de dónde esa obstinada eleccion en seguir senderos singulares que desvian del camino real? ¿de dónde el fogoso empeño en sostener y en defender sus extravíos? La moral del Evangelio, la doctrina sana estrecha demasiado, y el amor propio quiere vivir á sus anchuras. ¿Pues qué se hace para evitar los remordimientos importunos, y para acallar una conciencia que asusta y desasosiega? Pátese la diferencia: al amor propio, al corazon y á las pasiones se las confirma en todos sus derechos, y al entendimiento se le deja todo lo que oprime, todo lo que espanta, y aun todo lo que desespera. De aquí proviene que personas por otra parte de unas costumbres estragadisimas, y cuya vida es una disolucion, tienen unos principios de moral sumamente estrechos, unos dogmas excesivamente severos. No hay hereje, y por lo comun hay pocos libertinos que no hagan estas partijas. Cuando la verdad turba nuestra delicadeza, cuando asusta á la conciencia, cuando declara la guerra á la pasion, *à veritate auditum avertent*, vuélvese la cabeza al otro lado, ó se tapan los oidos para no escuchar lo que dice. Pero ¿qué se adelanta con este grosero artificio? descaminarse sin remordimiento, y perderse con seguridad.

*El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, pág. 119.*

### MEDITACION.

#### DE LA CONVERSION VERDADERA.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ordinaria que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay mas rara

que una conversion verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaidas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; pero ¿detesta íntimamente sus pecados? El espíritu está humillado; pero ¿está igualmente contrito el corazon?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algun dolor de sus faltas, muchos estarian convertidos que en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado, Antioco lloró los suyos; y ni uno ni otro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; pero ¿cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversion del espíritu, es indispensable la conversion del corazon; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para esos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones; si te has convertido de veras, ya es preciso pensar todo lo contrario. Pareciantes difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasion, á tu inclinacion, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshiciéronse esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinacion; el Evangelio es la única regla de tu vida; ya te parecen falsas y aparentes las brillanteces del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insipidos; ya apenas aciertas á concebir cómo un hombre de razon puede ser libertino, cómo un corazon criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña; ya sientes una especie de in-